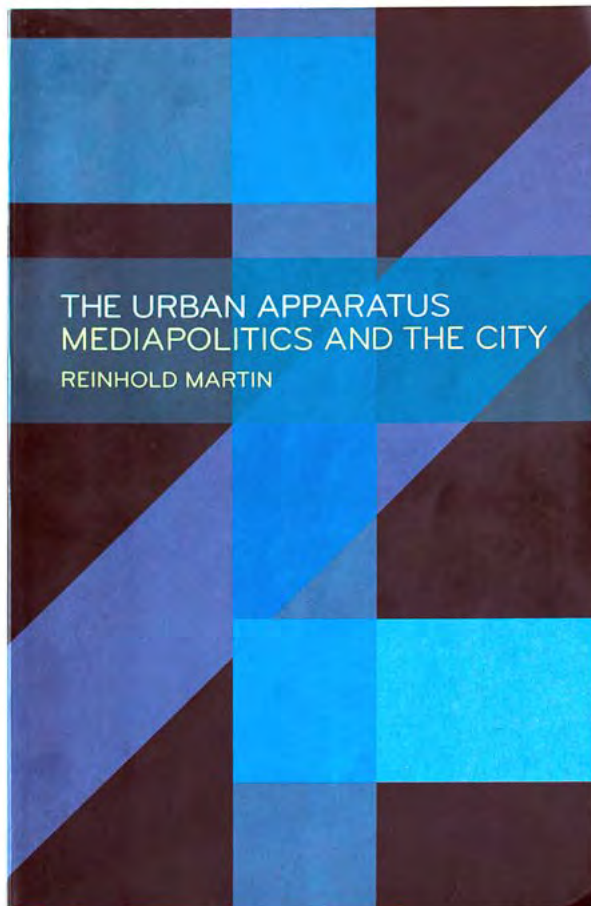


SOBRE INFRAESTRUCTURA

ON INFRASTRUCTURE



Reinhold Martin.
The Urban Apparatus. Mediapolitics and the city. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2016.
 Portada / Cover.

Palabras clave

Mediapolitics
 Aparato
 Ciudad
 Política
 Arquitectura del conocimiento

Keywords

Mediapolitics
 Apparatus
 City
 Politics
 Architecture of knowledge

¿Qué pasa si dejamos de hablar de infraestructura como un sustantivo? ¿Por qué no hablar de 'lo infraestructural', es decir, como un adjetivo que no refiere a las cosas sino a sus cualidades? Pero si lo hacemos, ¿cómo leemos y evaluamos esas cualidades? Por ejemplo, ¿en qué difiere lo infraestructural en una ciudad de lo infraestructural de una conversación alrededor de una mesa? Esta entrevista profundiza en estas preguntas hasta acercarnos a las infraestructuras del significado.

What if we stop talking about infrastructure as a noun? What if we talk about 'the infrastructural,' that is, as an adjective that does not refer to things but rather to their qualities? But if we do so, how do we read and evaluate those qualities? For instance, how does the infrastructural of a city differ from the infrastructural of a conversation around a table? This interview deepens these questions until leaving us closer to the infrastructures of meaning.

REINHOLD MARTIN

Director

Temple Hoyne Buell Center for
the Study of American Architecture
Columbia University, New York, USA

Entrevistado por / Interviewed by

PEDRO CORREA, JOSÉ LEMAÎTRE

PEDRO CORREA, JOSÉ LEMAÎTRE: En tu último libro – la colección de ensayos titulada *The Urban Apparatus: Mediapolitics and the City* (2016) – partes definiendo a la ciudad como *hardware*, como infraestructura (Martin, 2016:1). También, en otras ocasiones has definido la arquitectura como un «complejo de infraestructuras materiales y discursivas con propiedades y consecuencias estéticas, sociales y tecnológicas irreductibles» (Martin, 2015). ¿Qué entiendes aquí por ‘infraestructuras’ y hasta qué punto crees que puede extenderse el concepto?

REINHOLD MARTIN: En el libro defino infraestructura como «aquello que se repite». Con esto me refiero a todo aquello que puede ser programado, cronometrado, anticipado, orquestado, regulado o coordinado. En otras palabras, adaptando la definición de Cornelia Vismann (2013) de las «técnicas culturales» como el verbo formal de los medios, la infraestructura funciona o no funciona. Es menos una cosa en sí misma que una característica de las cosas. En ese sentido, es mejor referirse no a un tipo de objetos definidos como infraestructura, sino a las propiedades ‘infraestructurales’ de un objeto dado, ya sea éste una ciudad, un edificio, o una cerradura. Si bien pueden ser muy regulares como el horario de un tren, o bastante variables como los clics de un medidor de agua, las repeticiones infraestructurales a las que me refiero comparten la cualidad de estar determinadas temporalmente. Del mismo modo, a nivel espacial, no se trata de extender la categoría hasta el absurdo, sino de reconocer cómo las infraestructuras operan en todas las escalas; en efecto, cómo funcionan como un dispositivo escalar, que mide y calibra nuestra relación con el mundo, entre ellas y con nosotros mismos.

Aunque *The Urban Apparatus* toma a ‘la ciudad’ como su objeto principal, la definición de ciudad como un *hardware* infraestructural pone el énfasis en los procesos sociotécnicos antes que en los objetos en sí mismos. También introduce la escala como una pregunta – ¿a qué escala puede decirse que algo es ‘urbano’? – antes que como un valor antropométrico predeterminado. Además, entender la arquitectura como un complejo infraestructural desvía la atención del edificio como objeto autónomo, o como ‘espejo’ de un sujeto autónomo, para enfocarse en las relaciones – técnicas, espaciales, sociales, etc. – en todas las

PEDRO CORREA, JOSÉ LEMAÎTRE: In your last book, the collection of essays titled *The Urban Apparatus: Mediapolitics and the City* (2016), you begin by defining the city as hardware, as infrastructure (Martin, 2016:1). Also, elsewhere, you have defined architecture as a “complex of material and discursive infrastructures with irreducible aesthetic, social, and technological properties and consequences” (Martin, 2015). What do you mean here by ‘infrastructures’ and how far do you think the concept can be extended?

REINHOLD MARTIN: In the book, I define infrastructure as “what repeats.” By this, I mean anything that can be scheduled, timed, anticipated, orchestrated, regulated or coordinated. In other words, adapting Cornelia Vismann’s definition of “cultural techniques” (2013) as the verb form of media, infrastructure either works or it doesn’t. Less a thing-in-itself than a characteristic of things, it is better to speak in this case not of a class of objects defined as infrastructure, but rather, of the ‘infrastructural’ properties of a given object, be it a city, a building, or a doorknob. Although they can be quite regular, like a train schedule, or quite variable, like the clicks of a water meter, the infrastructural repetitions to which I’m referring, all share this time-bound quality. Similarly, on the spatial level, it is less a question of extending the category to absurdity than it is of recognizing how infrastructure operates at all scales, indeed, how it operates as a scaling device, measuring and calibrating our relation the world, to one another, and to ourselves.

Although *The Urban Apparatus* takes ‘the city’ as its primary object, defining cities as infrastructural hardware puts the focus on sociotechnical processes rather than on beings per se. It also introduces scale as a question – at what scale can something be called ‘urban’? – rather than as an anthropometric default. Furthermore, defining architecture as an infrastructural complex takes the focus off the building as a standalone object, or as a ‘mirror’ of a standalone subject, and refocuses on relationships – technical, spatial, social, and so on – at all scales. Finally, I’ll add that although

«(...) los barrios marginales en particular - y la precariedad en general - forman parte del orden neoliberal del capital. Bajo este régimen, la desigualdad socioeconómica es intencional; es parte del sistema y no un subproducto accidental y desafortunado.»

escalas. Finalmente agregaría que, aunque el énfasis en el tiempo, la programación y la coordinación puede hacer parecer que las infraestructuras son fundamentalmente burocráticas, instrumentales o 'racionales' (rastros de Max Weber?), la insistencia en sus propiedades estéticas previene este tipo de reducción. Esto, cuando entendemos la estética, siguiendo a Nietzsche, como algo semejante a la interacción entre Apolo y Dionisio, el orden y el desorden, la razón y la locura, etc. (Nietzsche, 1994). En el plano estético, la infraestructura ordena.

PC, JL: Si no es una función de la *rationalisierung* de Weber, entonces la infraestructura no sólo ordenaría, sino también, en cierta medida, desordenaría, ¿no? O más bien, produciría la tensión estética entre ambos. ¿Algo así como la brecha entre la ciudad consolidada, dentro de la grilla, y la informal y precaria 'ciudad marginal'?

RM: Sí, orden y desorden van de la mano, pero no necesariamente en el sentido habitual que opone lo 'formal' a lo 'informal' a la hora de describir la vida en la ciudad y el espacio urbano. Es importante reconocer que los barrios marginales en particular - y la precariedad en general - forman parte del orden neoliberal del capital. Bajo este régimen, de otro modo bastante heterogéneo, la desigualdad socioeconómica es intencional; es parte del sistema y no un subproducto accidental y desafortunado. Los barrios marginales y otros espacios aparentemente desordenados - y las vidas que se desarrollan en ellos - son sumamente ordenados, en dos sentidos. En primer lugar, son el sitio de estrategias de supervivencia intrincadas e improvisadas que sólo parecen *ad hoc* para los observadores externos, pero que en realidad son profundamente racionales. Segundo, dichos sitios pertenecen a un orden urbano mayor, como reservas de trabajo subproletario e 'informal'; es decir, un trabajo sin las garantías mínimas que generalmente se le otorgan a un proletariado incipiente y semiorganizado y, por lo tanto, más fácil de explotar y consumir.

PC, JL: Pareciera que la dimensión estética que incorporas también ilumina un aspecto parcialmente contenido en los usos previos

emphasizing timing, scheduling, and coordination may seem to cast infrastructures as fundamentally bureaucratic, instrumental, or 'rational' (shades of Max Weber?), insisting on their aesthetic properties prevents this sort of reduction. That is, when we understand aesthetics, with Nietzsche, as something like the interplay between Apollo and Dionysius, order and disorder, reason and madness, and the like (Nietzsche, 1994). On the aesthetic plane, infrastructure orders.

PC, JL: If it is not a function of Weber's *rationalisierung*, then infrastructure would not only order but also to some extent disorder, right? Or rather, produce the aesthetic tension between both. Like the gap between the consolidated, gridded city and the informal, precarious 'city of slums'?

RM: Yes, order and disorder go together, but not necessarily in the usual sense that opposes 'formal' to 'informal' when describing urban life and urban space. It is important to acknowledge that slums in particular and precarity in general belong to the neoliberal order of capital. Under this otherwise quite heterogeneous regime, socioeconomic inequality is intentional; it is part of the system, not an unfortunate, accidental byproduct. Urban slums and other seemingly disorderly spaces, and the lives lived within them, are therefore highly ordered in two senses. First, they are sites of intricate, improvised survival strategies that only seem *ad hoc* to outside observers but are in fact intensely rational. Second, such sites belong to the larger urban order, as reservoirs of sub-proletarian, 'informal' labor; that is, labor without even the minimal protections traditionally afforded to an incipient, semi-organized proletariat, and therefore more easily exploited, and expended.

PC, JL: It seems the aesthetic dimension you incorporate also opens up an angle not entirely comprised in previous uses of the term 'apparatus' - as in Foucault's (1980) or Agamben's (2009). In the book you define it as a "non-illusory semblance of order" (Martin, 2016:3) relating it to Nietzsche's Apollo and

“(...) slums in particular and precarity in general, belong to the neoliberal order of capital. Under this otherwise quite heterogeneous regime, socioeconomic inequality is intentional; it is part of the system, not an unfortunate, accidental byproduct.”

del término ‘aparato’, como en Foucault (1980) o Agamben (2009). En el libro la defines como una «semblanza de orden no-ilusoria» (Martin, 2016:3), vinculándola con el Apolo y Dionisio de Nietzsche, pero también con su ‘voluntad de poder’, como una forma de producir ‘conocimiento’. ¿Podrías explicarnos tu noción de infraestructura como instrumento para producir visibilidad, para volver ‘cognoscible’ lo urbano?

RM: Puede parecer perverso hablar de esta situación en términos estéticos. Pero sí, efectivamente, he tratado de modificar los usos previos del término ‘aparato’ (ya sea el *dispositif* foucaultiano o el *appareil* de Althusser) para dar cuenta más explícitamente de algo así como las dimensiones estéticas del poder (Althusser, 2014). Hablar de orden en este sentido como ‘no ilusorio’ y sin embargo como ‘semblanza’ es reconocer su superficialidad, su obviedad paradójica: *what-you-see-is-what-you-get* [lo que ves es lo que hay]. En el caso de los barrios marginales, la ‘semblanza de orden’ radica en su desorden aparente que, por oposición, parece reconfirmar el orden racionalizador de la metrópolis. Pero debajo y a través tanto de los ‘barrios marginales’ como de la ‘ciudad’ fluye una lucha de poder, como un río del que ambos emergen. Esta semblanza, este supuesto desorden, es no-ilusorio en el sentido de que es producto de un aparato infraestructural, de un sistema de sistemas que media las luchas de poder y establece esta distinción en primer lugar, como el guión que une pares de opuestos como orden-desorden o formal-informal. Los pares mismos constituyen esta «semblanza de orden no-ilusorio». Son tan reales como cualquier obra de arte: el hilo de Ariadna.

Aludir a la diferenciación y ordenamiento por parte de una suerte de voluntad colectiva y artística análoga a la voluntad de poder nietzscheana me permite también tomar distancia de la noción de Henri Lefebvre de la ciudad misma como obra de arte [*oeuvre*] (Lefebvre, 1996). Él busca un antídoto contra los excesos de la racionalización y cree haberlo encontrado en el carácter espontáneo y ‘festivo’ de la ciudad preindustrial. Asociando el juego festivo e improvisado al valor de uso y todo lo demás al valor de cambio, pienso que Lefebvre estetiza la

Dionysius but also to his ‘will-to-power’ as a way of producing ‘knowledge’; would you explain your notion of infrastructure as an instrument to produce visibility, to render the urban ‘knowable’?

RM: It may seem perverse, then, to speak of such a situation in aesthetic terms. But yes, you are right, I have tried to modify earlier uses of the term ‘apparatus’ (whether Foucault’s *dispositif* or Althusser’s *appareil*) to account more explicitly for something like the aesthetic dimensions of power (Althusser, 2014). To speak of order in this sense as ‘non-illusory’ and yet a ‘semblance’ is to recognize its flatness, its paradoxical self-evidence: *what-you-see-is-what-you-get*. In the case of urban slums, the ‘semblance of order’ lies in their apparent disorder, which seems to reconfirm the rationalizing order of the metropolis by opposition. But underneath and through both ‘slums’ and ‘city’ flows a power struggle, like a river out of which both emerge. This semblance, this apparent disorder, is non-illusory in the sense that it is the work of an infrastructural apparatus, a system of systems that mediates the power struggle and sets up this distinction in the first place, like the hyphen that joins pairs like order-disorder, or formal-informal. The pairs themselves constitute the “non-illusory semblance of order.” They are as real as any artwork: Ariadne’s thread.

In alluding to the differentiation and ordering performed by a kind of collective, artistic will analogous to Nietzsche’s will-to-power, I am also taking some distance from Henri Lefebvre’s notion of the city itself as an artwork, or *oeuvre* (Lefebvre, 1996). Lefebvre, who seeks an antidote to the excesses of rationalization thinks he has found it in the spontaneous, ‘festive’ character of the pre-industrial city. Associating festive, improvised play with use value and everything else with exchange value, Lefebvre, I think, aestheticizes human creativity and in the process, merely reproduces another version of the distinction we have been discussing, albeit a potent one. My response, with the “urban apparatus,” is to show that sociotechnical artifice

creatividad humana y en el proceso, simplemente reproduce otra versión de la distinción que hemos estado discutiendo, una potente de todos modos. Mediante el «aparato urbano», mi respuesta es mostrar que el artificio sociotécnico es lo que hace que la ciudad y sus contradicciones sean cognoscibles, y no lo que distingue a la obra creativa del producto de mercado. Esto no significa que no exista una ciudad *per se*, o que el «derecho a la ciudad» sea ilusorio; sólo significa que cuando hoy decimos ‘ciudad’, estamos haciendo el trabajo de mediación del aparato urbano.

«Las infraestructuras también generan y refuerzan las asimetrías. Esta es una de las razones por las cuales no creo que sea tan simple como decir, por ejemplo, que la urbanización mundial o ‘planetaria’ cumpla esencialmente – aunque de manera perversa – el sueño de Marx y Engels de terminar con la antítesis campo-ciudad. Más bien, reproduce y magnifica las desigualdades subyacentes.»

PC, JL: La reescritura de pares binarios como «obra» y «producto» en Lefebvre, pero también de las antítesis «campo-ciudad» y «cerca-lejos» (Martin, 2016:9-13), parece fundamental para dar cuenta de cómo funciona este aparato infraestructural – precisamente, como ‘mediación’. ¿Sería esto, como un *a priori* epistémico de estas oposiciones?

RM: Respecto de la infraestructura como un *a priori* epistémico, en cierto sentido, sí, pero sólo como uno de los polos dentro de un *loop* de retroalimentación. Los sistemas a los que me refiero, por supuesto, no son primigenios: están diseñados y hechos por humanos, pero en cierto sentido también ‘nos hacen’ humanos. Si, por ejemplo, consideramos el «derecho a la ciudad» como un derecho humano, es la ciudad, la *polis* o, en términos amplios, el aparato urbano – y no una ‘humanidad’ difusa y primigenia – lo que confiere este derecho. Infraestructura, medios, técnicas: así negociamos nuestra humanidad compartida; estas afirman nuestras relaciones interpersonales así como también se afirman en y por medio de esas mismas relaciones. Pero las infraestructuras también generan y refuerzan las asimetrías. Esta es una de las razones por las cuales no creo que sea tan simple como decir, por ejemplo, que la urbanización mundial o «planetaria» cumpla esencialmente – aunque de manera perversa – el sueño de Marx y Engels de terminar con la antítesis campo-ciudad. Más bien, reproduce y magnifica las desigualdades subyacentes.

is what makes the city and its contradictions knowable in the first place, not what distinguishes creative oeuvre from commodified product. This does not mean that there is no such thing as a city *per se*, or that the human “right to the city” is illusory; it only means that when we say ‘city’ today, we are doing the mediating work of the urban apparatus.

PC, JL: The rewriting of such pairings like Lefebvre’s “oeuvre” and “product,” but also the “town-country” and “near-far” antitheses (Martin, 2016:9-13), seems fundamental to convey how this infrastructural apparatus works, precisely by ‘mediation.’ Does this mean, as the epistemic *a priori* of these oppositions?

RM: On infrastructure as an epistemic *a priori*, in a sense, yes, but only as one pole in a feedback loop. The systems I am speaking about are of course not primordial; they are designed and made by humans, but in a certain sense they also ‘make’ us human. If, for example, we think of the “right to the city” as a human right, it is the city, the *polis*, or more broadly the urban apparatus – and not some diffuse, primordial ‘humanity’ – that confers this right. Infrastructure, media, technics: these are how we negotiate our shared humanity; they ground our relations with one another while also being grounded in and by those relations. But infrastructures also build and reinforce asymmetries. That is one reason why I don’t think it’s as simple as saying, for example, that worldwide or “planetary” urbanization essentially accomplishes, if perversely, the dream of Marx and Engels to do away with the town-country antithesis. If anything, it reproduces and magnifies the underlying inequalities. To speak in a different idiom, urbanization ‘deterritorializes’ and ‘reterritorializes’ inequality. Rather than evoking the urban, then, as a sort of *telos*, or conversely, simply dismissing it as mere ideology, we should learn to speak of it as a discursive formation governed by what I am calling “mediapolitics.”

PC, JL: In the book you also suggestively describe the aesthetic dimension of logistics, demographics, statistics, and so on, as a “mathematical sublime” – with Kant (Martin, 2016:43) – bearing certain “structures of feeling” – with Williams (Martin, 2016:34) – that account for ‘abstraction’ in quite a different way than the one produced by much of the work of critical theory in their readings of the *Großstadt*. How does the numerical, and its ‘affective’ quality, account for the dissolution of the modern Metropolis?

RM: If the production and management of both aesthetic and political order is one important

En otras palabras, la urbanización ‘desterritorializa’ y ‘reterritorializa’ la desigualdad. Entonces, en lugar de evocar lo urbano como una especie de *telos* o, por el contrario, simplemente descartarlo como mera ideología, deberíamos aprender a referirnos a ello como una formación discursiva gobernada por lo que llamo «*mediapolitics*» [políticas mediáticas].

PC, JL: En el libro también describes de manera sugerente la dimensión estética de la logística, los datos demográficos, las estadísticas, etc., como un «sublime matemático» – siguiendo a Kant (Martin, 2016:43) – que contiene ciertas «estructuras de sentimiento» – siguiendo a Williams (Martin, 2016:34) – que dan cuenta de la ‘abstracción’ de una manera bastante diferente a la de gran parte de la teoría crítica en sus lecturas de la *Großstadt* [ciudad]. ¿Cómo da cuenta lo numérico y su cualidad ‘afectiva’ de la disolución de la metrópolis moderna?

RM: Si la producción y gestión del orden estético y político es una función importante que distingue a las *mediapolitics* de una política de la vida más general, o biopolítica, podría parecer extraño, entonces, recurrir a categorías kantianas como lo sublime para especificar sus dimensiones afectivas. Pero sí, efectivamente, vincular la mística de la urbanización – incluyendo su atractivo comercial – con la aparente infinitud del sublime matemático sirve para repensar la abstracción no como algo deshumanizante sino como humanizador. ¿Quién es el sujeto que se muestra asombrado ante los patrones supuestamente autorreguladores de los mercados financieros, sino un nuevo tipo de ser humano, un empresario emocionalmente sensible, inundado en sentimiento oceánico? Entonces sí, esos mercados y los complejos materiales que los configuran – incluidos los edificios y ciudades – reproducen una estética sublime que nos paraliza y nos deja atónitos ante ellos como espectadores en un museo. Las *mediapolitics* construyen y habitan ese museo, en el cual lo que todavía podemos denominar Wall Street aparece como una especie de anacronismo que convierte la abrumadora fuerza letal de los mercados financieros en un pintoresco paseo urbano. Por lo tanto, ‘ocupar’ Wall Street sería, en parte, hacerse cargo de los museos – tanto reales como virtuales – erigidos por el aparato urbano, además de mostrar que aquello que la teoría del arte todavía curiosamente descarta como un ‘espectáculo’ dedicado a la fetichización de productos abstractos es, de hecho, el conjunto más moderno de técnicas para reproducir un tipo de capital de carácter humano, demasiado humano.

PC, JL: Hablando de este conjunto de técnicas, en tu artículo «Pittsburgh, Paris, Charlottesville: The Infrastructure Question» (Martin, 2017) juegas con la idea de que el destino de la estatua de un General

function that distinguishes mediapolitics from a more general politics of life, or biopolitics, it might seem strange, then, to have recourse to Kantian categories like the sublime to specify its affective dimensions. But yes, you are right, connecting the mystique of urbanization – including its commercial appeal – to the seeming infinity of the mathematical sublime rewrites abstraction not as dehumanizing but as humanizing. Who is the subject that stands in awe before the allegedly self-regulating patterns of the financial markets but a new kind of human, an emotionally sensitive entrepreneur awash in oceanic feeling? So yes, those markets and the material complexes – including buildings and cities – that form them reproduce a sublime aesthetics that freezes us in place, standing before them like spectators in a museum. Mediapolitics builds and populates that museum, in which what we still call Wall Street appears as a sort of anachronism that converts the overwhelming, deadly force of the financial markets into a picturesque urban stroll. To ‘occupy’ Wall Street would therefore be, in part, to take over the museums – both actual and virtual – erected by the urban apparatus, and to show that what art theory still quaintly dismisses as a ‘spectacle’ devoted to the fetishization of abstract commodities is, in fact, the latest set of techniques for reproducing all-too-human capital.

“But infrastructures also build and reinforce asymmetries. That is one reason why I don’t think it’s as simple as saying, for example, that worldwide or ‘planetary’ urbanization essentially accomplishes, if perversely, the dream of Marx and Engels to do away with the town-country antithesis. If anything, it reproduces and magnifies the underlying inequalities.”

PC, JL: Speaking about that set of techniques, in your piece “Pittsburgh, Paris, Charlottesville: The Infrastructure Question” (Martin, 2017) you play with the idea of the fate of a Confederate general’s statue being an ‘infrastructure question’ – a project for reproducing the racially loaded economy of owners and slaves under the much repeated (even in Chile) motto “Make America Great Again.” Criss-crossing political, economic and environmental histories, this particular notion of infrastructure also

Confederado sea una «cuestión de infraestructura»: un proyecto para reproducir la economía racialmente cargada de propietarios y esclavos bajo el lema repetido (incluso en Chile) «Make America Great Again». Atravesando historias políticas, económicas y ambientales, esta particular noción de infraestructura abarca también la historicidad de ‘la masa’ como cuerpo político versus una sociedad de individuos diferenciados, producto de las redes sociales. ¿Cómo produce la infraestructura – en este caso como proyecto de memoria – estos cuerpos políticos, estas ‘negociaciones de nuestra humanidad’ como la que gira en torno al «derecho a la ciudad», pero también aquella que construyen los supremacistas blancos que defienden la memoria del General Lee?

RM: Lamento escuchar que los lemas de la propaganda norteamericana también resuenan en Chile. La palabra clave, creo, es «*again*» [otra vez]. Permite a muchos escuchar lo que quieren escuchar. Para los supremacistas blancos, «*again*» se remonta a los días de la esclavitud y del General Robert E. Lee. Pero no, no creo que esto sea meramente una cuestión social, un mero asunto de defender o recircular símbolos racistas. Es infraestructural en los dos sentidos a los que ustedes refieren. Primero, lo que la esfera pública norteamericana (y hasta cierto punto internacional) ha denominado «Charlottesville» depende de la repetición de consignas, imágenes e invectivas de una manera que difiere considerablemente de, por ejemplo, un filme de Leni Riefenstahl sobre una manifestación nazi, pese a que compartan varias características significativas. Este nuevo tipo de repetición reescribe la historia como binaria y simétrica – «hay siempre dos versiones de cada historia» – de ahí que el argumento del presidente norteamericano legitima a los supremacistas blancos y a los simpatizantes nazis. Es un tipo de formalismo en ese sentido, pero uno infraestructural, que debe ser repetido en numerosos medios. De ahí el sistema de televisión norteamericano, donde compiten canales de noticias presuntamente simétricos, o los intentos frecuentes de la prensa «*mainstream*» de darle voz a puntos de vista opuestos, incluso cuando dicha oposición se basa en supuestos u objetivos viles. La memoria, bajo estas condiciones, es más parecida a la compulsión de repetir que una facultad crítica.

Segundo, la infraestructura no opera aquí para integrar un cuerpo político organizado, sino para dividirlo y para constituir un nuevo tipo de cuerpo fascista mediante la repetición y multiplicación de estos antagonismos supuestamente simétricos. Esto puede sonar absurdo, pues asociamos la psicosis colectiva con adorar a un Mesías. Pero creo que «Charlottesville» pertenece a un tipo de movimiento distinto, que se opone derechamente a los movimientos populares y democráticos que han dado vuelta al mundo durante las últimas décadas. Ambos deben

encompasses the historicity of ‘the mass’ as body politic against a social-media produced society of differentiated individuals. How does infrastructure, in this case as a memory-project, produce such political bodies; such ‘negotiations of our humanity’ like the one revolving around the “right to the city” but also the one assembled by white supremacists defending General Lee’s memory?

RM: I’m sorry to hear that American propaganda slogans are echoed in Chile as well. The keyword in that one is, I think, “again.” It allows many to hear what they want. For the white supremacists, “again” harks back to the days of slavery and of General Robert E. Lee. But no, I don’t think that this is merely a social question, a simple matter of defending or recirculating racist symbols. It is infrastructural in both of the senses to which you allude. First, what the American (and to some extent, transnational) public sphere has come to call “Charlottesville” depends on the repetition of slogans, images, and invective in a manner that differs considerably from, say, a Leni Riefenstahl film of a Nazi rally, even though the two share many important characteristics. This newer type of repetition rewrites history as binary and symmetrical – “there are two sides to every story” – thus the American president’s claim legitimizing the white supremacist Nazi sympathizers. It is, in that sense, a type of formalism, but an infrastructural one that needs to be reiterated in numerous media. Hence the American televisual system of competing, allegedly symmetrical cable news channels, or the regular attempts by the “mainstream” press to give equal voice to opposing views, even if the opposition is based in vile assumptions or aims. Memory, under these conditions, is more like a compulsión to repeat than it is a critical faculty.

Second, infrastructure works here not to integrate an organized political body, but to divide it, and to constitute a new kind of fascist body by repeating and multiplying these allegedly symmetrical antagonisms. This may seem nonsensical, since we have come to associate ‘mass’ psychosis with lining up before a messiah. But I think “Charlottesville” belongs to a different kind of movement that is directly opposed to the popular, democratic movements that have swept the globe in recent decades, and the two must be seen together. Not as two sides of a coin, but as combatants in a struggle to reorient the neoliberal maelstrom. The white supremacists and their allies (who, by the way, are far from representing the “white working class”) have, for different reasons, felt the rug of political and economic authority pulled out from under them. In other words, they have experienced

entenderse en conjunto. No como dos caras de una misma moneda, sino como combatientes en una lucha por reorientar la vorágine neoliberal. Los supremacistas blancos y sus aliados (quienes, dicho sea de paso, están lejos de representar la 'clase trabajadora blanca') han sentido, por diferentes razones, que la plataforma de la autoridad política y económica les ha sido removida. En otras palabras, han experimentado el declive imperial. En ese sentido, mientras esperan su turno, luchan por proteger el pedestal sobre el que descansa Robert E. Lee antes que la figura del General en persona. Esta es una de las razones por las cuales argumenté que la estatua en cuestión todavía no ha sido forjada: es la futura estatua del actual presidente norteamericano la que él y sus seguidores están defendiendo. Pero para ello, ciertas infraestructuras deben consolidarse, otras destruirse y otras reconstruirse, empezando por el pedestal.

Varios ensayos en *The Urban Apparatus* abordan este contexto histórico en lo que podemos denominar términos 'arquitectónicos': uno sobre segregación racial en la vivienda, otro sobre la política policiaca neoliberal de las «ventanas rotas» enfocada en hombres negros, y un tercero sobre la desindustrialización de Detroit. Sumarles el artículo de *e-flux* sobre Charlottesville significaría, entre otras cosas, introducir a «Pittsburgh» en la ecuación. En ese caso, una ciudad desindustrializada del «rust belt» [cinturón industrial] que buscó «resurgir» («un renacimiento») mediante un desarrollo postindustrial y, a través de su alcalde progresista, se comprometió a adherir a los acuerdos climáticos de París incluso después de que Estados Unidos se había retirado. El problema es ver un caso como este de forma aislada. Como nos recuerda el *oikos* en ecología y economía, el cambio climático generado por la industria y el consumo es un proyecto de gestión del hogar, una forma de economía doméstica a escala planetaria. A estas alturas, con todo lo ya conocido desde hace décadas sobre las emisiones de carbono y otros factores, debemos admitir que la transformación irreversible del clima a nivel mundial es deliberada. Al igual que la desigualdad socioeconómica, el cambio climático no es un subproducto adverso de un sistema bien intencionado: es la consecuencia premeditada de riesgos distribuidos de manera desigual y a los que posiblemente sean más vulnerables los residentes de Puerto Rico que los de Pittsburgh. Esto no quiere decir que Pittsburgh no haya sido víctima de una buena cuota de violencia racial y económica. Lo ha sido. Es sólo para redibujar el mapa de acuerdo con el cálculo neoliberal, como también intenté hacer en el libro.

Volviendo por un momento a «Charlottesville», no es sólo irónico que el presidente norteamericano defendiera la supremacía blanca en una conferencia de prensa destinada a lanzar su programa para privatizar la desmoronada infraestructura pública del país. Promocionados como «destrucción creativa», dichos programas están siendo testeados



imperial decline. In that sense, they are fighting to protect the pedestal on which Robert E. Lee sits rather than the figure of the general himself, waiting for their turn. That is one reason I argued that the statue in question has not yet been cast; it is the future statue of the current American president that he and his followers are defending. But in order for them to do so, certain infrastructures need to be consolidated, others destroyed, and others rebuilt, beginning with the pedestal.

Several essays in *The Urban Apparatus* address the historical context for this in what we can call 'architectural' terms: One on the racial segregation of housing, another on neoliberal, "broken windows" policing targeting black men, and a third on the deindustrialization of Detroit. Adding the *e-flux* essay on Charlottesville to these would mean, among other things, introducing "Pittsburgh" into the equation. In that case, a deindustrialized "rust belt" city sought "rebirth" ("Renaissance") through postindustrial development and, through its progressive mayor, pledged adherence to the

Estatua del General Robert E. Lee en Emancipation Park, Charlottesville, cubierta luego de los sucesos del rally Unite the Right. Agosto de 2017. / General Robert E. Lee statue at Emancipation Park, Charlottesville, covered after the events of the Unite the Right rally. August, 2017. Creative Commons

«Con algunas mínimas excepciones, la negación del cambio climático funciona de manera muy parecida al ‘again’ del eslogan propagandístico. Es una táctica dilatoria, una estrategia para ganar tiempo mientras las nuevas infraestructuras están en regla.»

en ciudades como Detroit y Nueva Orleans, y ahora en Puerto Rico (y gracias a los banqueros, en el sur de Europa, y por supuesto previamente en Chile gracias a los «Chicago Boys»). Al igual que con el programa policial de las «ventanas rotas», el desafío es reconocer los nexos entre la violencia racial de Estado y el lucro privado, y vincularlos a la devastación planificada e irregular de la ecosfera del planeta. De hecho, puede ser que no haya botes salvavidas ante el calentamiento global, pero la oligarquía transnacional está reorganizando ciudades y paisajes como anticipo frente a tal eventualidad. Con algunas mínimas excepciones, la negación del cambio climático funciona de manera muy parecida al «again» del eslogan propagandístico. Es una táctica dilatoria, una estrategia para ganar tiempo mientras las nuevas infraestructuras están en regla.

PC, JL: Tanto las ‘ventanas rotas’ como el ‘pedestal’ del General Lee parecen compartir la misma función que la mesa redonda de los seminarios que analizas en tu ensayo «The Dialectic of the University» (Martin, 2015): todas funcionan como dispositivos de nivelación que – presuntamente – pondrían en un mismo plano los antagonismos antes mencionados. Si la infraestructura actúa repitiendo y multiplicando estos antagonismos supuestamente simétricos, ¿cómo se convierte la arquitectura en el puente que los vincula?

RM: Primero diría que los pedestales y las mesas son bastante diferentes en este sentido. En principio sí, hasta cierto punto las mesas de los seminarios equiparan las cosas, ya que a todos se les permite hablar y la autoridad del profesor se ve disminuida, aunque, por supuesto, las jerarquías (que no son necesariamente antagonismos) permanecen. En el artículo, que forma parte de un trabajo en curso sobre las universidades como sistemas mediáticos, intenté mostrar cómo algo semejante a un canon literario o filosófico fue elaborado y puesto en circulación como una lista de libros a ser discutidos alrededor de una mesa en un seminario. Extraída de otras, más extensas, esta lista estableció una jerarquía de libros para que los estudiantes leyeran, lo cual no es muy distinto de lo que hacemos como profesores todos los días. Excepto que, en este caso, el objetivo era derivar

Paris climate accords even as the us withdrew. The problem is seeing a case like this in isolation. As the *oikos* in both ecology and economy reminds us, industrial and consumer-driven climate change is a project of household management, a form of domestic economy practiced at the scale of the planet. At this point, with all that has been known for decades about carbon emissions and other factors, we must recognize the irreversible transformation of the planet’s climate as deliberate. Like socioeconomic inequality, climate change is not the unfortunate byproduct of a well-meaning system; it is the calculated consequence of unevenly distributed risks, the most vulnerable targets of which are more likely to be residents of Puerto Rico than of Pittsburgh. This is not to say that Pittsburgh has not seen its fair share of racial and economic violence. It has. It is only to redraw the map in accordance with the neoliberal calculus, as I have attempted also to do in the book.

Returning for a moment to “Charlottesville,” it is more than just ironic that the American president defended white supremacy at a press conference intended to launch his program to privatize the country’s crumbling public infrastructure. Billed as “creative destruction,” such programs are being road tested in cities like Detroit and New Orleans, and now in Puerto Rico (and, thanks to the bankers, in southern Europe, and of course earlier, thanks to the “Chicago Boys,” in Chile). As with ‘broken windows’ policing and the rest, the challenge is to recognize the links between racialized state violence and private profit, and to link these in turn to the planned, uneven devastation of the planet’s ecosphere. It may indeed turn out that there are no lifeboats when it comes to global warming, but the transnational oligarchy is busy rearranging cities and countrysides in anticipation of just such an eventuality. With some fringe exceptions, climate change denial functions much like the “again” in the propaganda slogan. It is a stalling tactic, a delay to buy time while the new infrastructures are put in order.

PC, JL: Both the ‘broken windows’ and General Lee’s ‘pedestal’ seem to share the same function with

“With some fringe exceptions, climate change denial functions much like the ‘again’ in the propaganda slogan. It is a stalling tactic, a delay to buy time while the new infrastructures are put in order.”

la conversación alrededor de la mesa más o menos directamente de esta lista, y en el proceso, sacralizar el programa del «canon occidental». Creo que esto es lo opuesto a la enseñanza: es un entrenamiento en la autoridad de las listas.

Pero todo eso está lejos del mundo de las ‘ventanas rotas’, excepto porque – y quizás no por casualidad – ambos pasaron por la Universidad de Chicago: uno (el seminario) como una forma de construir una cultura de las humanidades común a los estudiantes universitarios de pregrado, y el otro, a través de las mismas teorías económicas neoliberales que dieron su nombre a los «Chicago Boys». En *The Urban Apparatus* traté de mostrar cómo ese tipo de programa policial interpreta el comportamiento delictivo como una ecuación de costo-beneficio, donde delitos menores como romper ventanas son castigados con penas excesivas. La idea detrás de esto es que los potenciales criminales son empresarios que harán un cálculo racional y concluirán que el beneficio no vale la pena el costo. Pero el mismo discurso, desarrollado por economistas como Gary S. Becker (1968), también estetiza el crimen al vincularlo con un comportamiento rebelde e irracional por un lado y a un entorno desordenado por el otro. Desde esta perspectiva, la ventana se encuentra en una especie de umbral entre el orden y el desorden. El discurso policial ubica a ciertos grupos sociales – por ejemplo, hombres afroamericanos – en ese umbral, de hecho como ventanas listas para romperse. Por tanto, las ecuaciones que guían todo esto difícilmente son racionales. Al igual que sus autores, simbólicamente intoxicados y apenas sobrios, estas ecuaciones están llenas de miedo y de placer. Son, en ese sentido, objetos estéticos. Como demostró Foucault, el neoliberalismo es mucho más que fundamentalismo de mercado y privatizaciones.

En cuanto al pedestal, eleva las cosas. Infraestructurales por excelencia, los pedestales construyen distinciones. Como discutíamos antes, el pedestal en cuestión no se limita a exaltar una figura histórica, sino que exalta todo el sistema infraestructural – la esclavitud – al que él y esta pertenecen. En la interfaz entre estética y política, el conflicto es tanto sobre el pedestal como sobre la escultura. Esto se debe a que, en todos estos casos – mesas, pedestales, ventanas – los elementos arquitectónicos o de

the oval seminar table you analyze in your other essay “The Dialectic of the University” (Martin, 2015): they all work as leveling devices that would presumably put the aforementioned antagonisms on the same plane. If infrastructure works by repeating and multiplying these allegedly symmetrical antagonisms, how does architecture become the bridge that puts them in relation?

RM: Well, I would say first that pedestals and tables are quite different in this respect. Yes, in principle, seminar tables even things out to a degree, since everybody is allowed to speak and the authority of the lecturer is diminished, though of course hierarchies (which are not necessarily antagonisms) remain. In the article you mention, which is part of a work-in-progress on universities as media systems, I tried to show how something like a literary or philosophical canon was worked out and circulated as a list of books discussed around a table in a seminar. Drawn from other, longer lists, this list established a hierarchy of books for students to read, which is no different to what we do as teachers every day. Except that, in this case, the aim was to derive the conversation around the table more or less directly from the list and in the process, to sacralize the syllabus of the “Western canon.” This, I think, is the opposite of teaching; it is training in the authority of lists.

But that is a very far cry from the world of ‘broken windows’ policing, except that, perhaps not entirely by coincidence, both pass through the University of Chicago: one (the seminar) as a way to build a common humanities culture for undergraduates, and the other, via the same neoliberal economic theories that gave Chile’s “Chicago Boys” their name. In *The Urban Apparatus*, I tried to show how that type of policing interprets criminal behavior as a cost-benefit equation, where petty crimes, like breaking windows, are punished with excessive penalties. The idea, being that potential criminals are entrepreneurs who will make a rational calculation and conclude that the benefit is not worth the cost. But the same police discourse, developed by economists like Gary S. Becker (1968), also aestheticizes crime by linking it with unruly, irrational behavior, on the

«Infraestructurales por excelencia, los pedestales construyen distinciones. [...] el pedestal [de la estatua del General Lee] no se limita a exaltar una figura histórica, sino que exalta todo el sistema infraestructural – la esclavitud – al que él y esta pertenecen.»

infraestructura actúan como mediadores. Más que simplemente establecer relaciones (entre profesores y estudiantes locuaces, entre memoria y mito, entre interior y exterior), median entre las partes para establecer valor. A veces, ayudan a producir o mantener desigualdades y asimetrías; otras veces, conectan.

Al describir estos elementos como dispositivos de ordenamiento que funcionan mediante repetición, también he tratado de pensar objetos como puentes de una manera distinta, como operadores estéticos. Generalmente se discute la estética de los puentes – sus cualidades ‘arquitectónicas’, por así decirlo – en términos de ‘bello’ o ‘sublime’. Al reformular la estética en términos nietzscheanos, como un discurso de orden y desorden, quiero preguntar: ¿cómo ayuda un puente a ordenar el mundo? ¿Qué escapa de su alcance? ¿Qué categorías de cosas une y qué separa? ¿Qué relaciones hace visibles? ¿Qué relaciones oculta? Atrapados en el tráfico vehicular del puente George Washington (que conecta Nueva York con Nueva Jersey y lleva el nombre de otro personaje histórico relacionado con la esclavitud), podemos con razón preguntarnos: ¿es esta inmovilidad, esta interrupción del flujo, parte del orden urbano o su antítesis desordenada? El puente y su nombre, ¿son Apolo o Dioniso?

Entonces, en lugar de entender los edificios, los puentes u otros dispositivos urbanos como instrumentos técnicos que resuelven antagonismos fundamentales, casi metafísicos, podríamos entender los antagonismos sociales, económicos, o incluso filosóficos como antagonismos dependientes de un *hardware*, pero no programados. El antiguo Pnyx ateniense era un prerrequisito y al mismo tiempo un límite para la democracia. Así como no hay reflexión – filosófica o de cualquier tipo – sin espejo, no hay orden durante el período moderno sin documentos, sus autores y sus lectores reunidos alrededor de mesas. Mercedamente o no, las imágenes de aquellos que firman los papeles se colocan a veces en pedestales. Si se siguen los hilos de sus conversaciones, sus listas y sus ecuaciones, teniendo presente que no todo lo que se dice en las mesas puede o debe escribirse, y que el desorden no es simplemente lo opuesto al orden sino su doble, su condición de posibilidad, se tienen los comienzos de una ciudad digna de su nombre: *polis*.

one hand, and a disorderly environment, on the other. A window, from this perspective, sits at a kind of threshold between order and disorder. Police discourse locates certain social groups, like African-American men, at that threshold as, in effect, windows ready to break. The equations guiding all of this are therefore hardly rational. Like their symbolically intoxicated, hardly sober authors, these equations are saturated with fear and pleasure. They are, in that sense, aesthetic objects. Neoliberalism, as Foucault showed, is about much more than just market fundamentalism and privatization.

As for the pedestal, it elevates things. Quintessentially infrastructural, pedestals make distinctions. As we were discussing earlier, the particular pedestal in question does not merely elevate a historical figure, it elevates the entire infrastructural system – slavery – to which he and it belong. At the interface of aesthetics and politics, the conflict is therefore over the pedestal as much as it is over the sculpture. That is because, in all of these cases – tables, pedestals, windows – architectural or infrastructural elements act as mediators. More than simply establishing relationships (among talkative teachers and talkative students, memory and myth, inside and outside), they mediate them to establish value. Sometimes, they help to produce or maintain inequalities and asymmetries; other times, they connect.

In describing these elements as ordering devices that work through repetition, I have also tried to think differently about things like bridges as aesthetic operators. The aesthetics of bridges – their ‘architectural’ qualities, so to speak – are usually discussed using terms like ‘beautiful’ or ‘sublime.’ By recasting aesthetics, in the Nietzschean way, as a discourse of order and disorder, I want to ask: How does a bridge help to order the world? What escapes its grasp? What categories of things does it join and separate? What relations does it make visible? What does it occlude? Caught in traffic on the George Washington Bridge (which connects New York and New Jersey and is named after another historical figure with connections to slavery), we might reasonably wonder: Is this stasis, this interruption of the flow, part of the urban order, or its disorderly

“Quintessentially infrastructural, pedestals make distinctions. [...] the particular pedestal [of the statue of General Lee] does not merely elevate a historical figure, it elevates the entire infrastructural system – slavery – to which he and it belong.”

PC, JL: En una presentación de tu trabajo sobre la universidad como un sistema mediático, mencionaste que no estabas haciendo historia de la arquitectura sino una historia con características arquitectónicas: haciendo historia ‘con’ arquitectura en vez de ‘sobre’ arquitectura. Primero, nos preguntábamos si los enclaves materiales y discursivos de la arquitectura ‘como disciplina’ (que todavía depende en gran medida de categorías como espacio y medida) ya han desaparecido de tu horizonte de pensamiento, ¿son estos enclaves más un obstáculo a superar que algo que clarificar? Segundo, ¿aventurarías un comentario sobre el lugar que ocupa hoy la historia/teoría de la arquitectura en relación a la práctica arquitectónica, y con respecto a otras áreas de las ‘humanidades’?

RM: Efectivamente, haciendo historia con la arquitectura. Por supuesto, todos los historiadores de la arquitectura hacen esto en cierto sentido. Pero no es la manera en que generalmente entendemos nuestro trabajo cuando organizamos obras y sus autores en el contexto de una ‘historia’ más general. Primero, me gustaría aclarar que *The Urban Apparatus* no hace ninguna de estas cosas, al menos no de manera sistemática; sus objetos son ‘arquitectónicos’ en términos amplios y, aunque su perspectiva es histórica, no es un trabajo de análisis histórico *per se*. Su énfasis, en cambio, es principalmente teórico. Por el contrario, mi actual investigación sobre las universidades es principalmente histórica, aunque aborda cuestiones teóricas muy vinculadas con las que hemos estado discutiendo. Es ese trabajo el que tengo en mente como ejemplo de lo que podría significar hacer historia ‘con’ la arquitectura, estipulando además que la ‘arquitectura’ pueda ser entendida desde un punto de vista teórico-mediático; es decir, como uno entre muchos otros medios.

Ahora, todo esto es más bien indiferente a algo así como a una ‘disciplina’ autónoma, y lo es de manera intencional. No porque crea que las disciplinas no existen o que están pasadas de moda sino, por el contrario, en reconocimiento de su importancia histórica. Más que la historia de la arquitectura como ‘disciplina’, me interesa la ‘arquitectura’ (o, si se quiere, la infraestructura) de las propias disciplinas; es decir, los sistemas de mediación, tanto materiales

antithesis? The bridge and its namesake: as Apollo or as Dionysus?

Rather than thinking of buildings, bridges, and other urban hardware, then, as technical instruments that resolve primordial, almost metaphysical antagonisms, we might think of social, economic, or even philosophical antagonisms as hardware-based but not hardwired. The ancient Athenian Pnyx was both a precondition and a limit for democracy. And, just as there is no reflection, philosophical or otherwise, without mirrors, there is no order during the modern period without paperwork, its authors, and its readers assembled around tables. Deservedly or not, likenesses of those signing the papers are sometimes put on pedestals. Follow the mediating threads of their conversations, lists, and equations, while remembering that not everything said around tables can or should be written down, and that disorder is not merely the opposite of order but its double, its condition of possibility, and you have the beginnings of a city worthy of the name: *polis*.

PC, JL: Presenting this work about the university as media systems you’ve spoken of making not architectural history, but a history that bears architectural characteristics; of doing history ‘with,’ rather than ‘of’ architecture. First, we wonder if the self-contained material and discursive enclosures of architecture ‘as a discipline’ – which still depend largely on categories such as space and measure – have already disappeared from your horizon of thought; are these enclosures more an obstacle to overcome than something to clarify? Secondly, would you risk a comment on the space contemporary architectural history/theory occupies in relation to architectural practice, and with regards to other areas of ‘the humanities’?

RM: Yes, doing history with architecture. Of course, all architectural historians do this to some extent. But it is not normally how we understand our task when we set artworks and their authors against the backdrop of a more general ‘history.’

«Si hay un problema aquí es con la profesión y no con la disciplina académica. Mientras los profesionales de élite siguen dependiendo del discurso académico para su legitimación, la gran mayoría de los académicos de historia (y teoría) de la arquitectura hoy le dan la espalda a estas pretensiones y orientan su trabajo hacia el terreno más amplio del conocimiento histórico. Al hacerlo, enfrentan una doble resistencia: por un lado, la de una profesión que se siente excluida o amenazada por la deslegitimación y, por el otro, la de una tradición para nada desinteresada dentro de la historia del arte que aún se vincula a la erudición, y que mira a la historia social, cultural, política, económica o técnico-material como un mero antecedente o contexto.»

como culturales, que hacen que la idea moderna de disciplina pueda siquiera ser pensada. En otras palabras, esto significa que cuando hablamos de una disciplina como la arquitectura, hablamos de una formación discursiva que emerge en un determinado momento histórico, o (tomando las palabras de Friedrich Kittler) de una red discursiva, y no de una categoría trascendental atemporal. Las cosas se complican todavía más si recordamos que, cuando hablamos de arquitectura, estamos hablando de una disciplina académica que es también una profesión con su propia historia y su propia especificidad.

Desde el siglo XIX, el estudio y la enseñanza de la historia de la arquitectura en las universidades de investigación ha sido principalmente parte de la historia del arte, mientras que también se desarrollaron (aunque de manera diferente) en las academias de bellas artes y los politécnicos que precedieron a las actuales escuelas universitarias de arquitectura. Estas escuelas profesionales estaban orientadas más a la práctica que a la investigación académica y, en general, todavía lo están. Específicamente, la mayoría de las preguntas sobre los límites de la disciplina hoy surgen de este contexto, lo que sugiere una evidente ambigüedad – y también ansiedad – respecto al estatus de la arquitectura como sistema de conocimiento y su lugar entre otros sistemas semejantes (léase disciplinas) dentro de la universidad moderna. Pero implícitamente, tales preguntas también reconectan la disciplina académica con la profesión, tal como lo harían si se plantearan

First, I'll clarify by saying that *The Urban Apparatus* does neither of these things, at least not systematically; its objects are only broadly 'architectural' and, though its perspective is nothing if not historical, it is not a work of historical analysis *per se*. Its emphasis is, instead, primarily theoretical. By contrast, my current work on universities is primarily historical, though it addresses theoretical questions very much related to those we have been discussing. It's that work which I have in mind as an example of what it might mean to do history with architecture, with the further stipulation that 'architecture' be understood from a media-theoretical point of view – that is, as one among many media.

Now, all of this is rather disrespectful of anything like a self-contained 'discipline,' and intentionally so. Not because I think that disciplines don't exist or are outmoded but, on the contrary, in recognition of their historical significance. More than the history of architecture as a 'discipline,' I am concerned with the 'architecture' (or, if you like, the infrastructure) of the disciplines themselves, in the sense of the mediating systems, both material and cultural, which make the very modern idea of a discipline thinkable in the first place. Translated, this means that when we speak of a discipline like architecture, we are speaking of a historically emergent discursive formation, or (to borrow Friedrich Kittler's terminology) a discourse network, not a timeless, transcendental category. Things get doubly complicated when we remember that in speaking of architecture, we are speaking of an academic discipline that is also a profession with its own history and its own specificity.

Since the nineteenth century, scholarship and teaching in the history of architecture in the research-universities have belonged mainly to art history, while also being undertaken (in a different way) in the academies of fine arts and the polytechnics that preceded today's university-based schools of architecture. These professional schools were oriented toward practice rather than scholarly research, as they by-and-large still are. Notably, most of today's questions concerning the limits of disciplinarity come from this context. This suggests an understandable ambiguity – and also, an anxiety – regarding architecture's standing as a system of knowledge, and its place among other such systems (i.e. disciplines) in the modern university. But implicitly, such questions also reconnect the academic discipline to the profession, just as they would if they were posed in fields like law or medicine. More than just obstacles to be overcome, questions concerning the limits of a discipline like architecture are evidence of

en áreas como el derecho o la medicina. Más que obstáculos a superar, las preguntas sobre los límites de una disciplina como la arquitectura evidencian el modo constantemente cambiante en que se entienden a sí mismos quienes trabajan los extremos del eje académico-profesional, por un lado, y del eje que va desde las ciencias naturales y sociales a las humanidades, por el otro.

En otras palabras, veo la pregunta por los límites disciplinares en arquitectura como el síntoma de una ambigüedad estructural mayor, más que como un problema a resolver en sí mismo. Si hay un problema aquí es con la profesión y no con la disciplina académica. Mientras los profesionales de élite siguen dependiendo del discurso académico para su legitimación, la gran mayoría de los académicos de historia (y teoría) de la arquitectura hoy le dan la espalda a estas pretensiones y orientan su trabajo hacia el terreno más amplio del conocimiento histórico. Al hacerlo, la resistencia a la que se enfrentan es doble: por un lado, la de una profesión que se siente excluida o amenazada por la deslegitimación y, por el otro, la de una tradición para nada desinteresada dentro de la historia del arte que aún se vincula (aunque sea discretamente) a la erudición, y que mira a la historia social, cultural, política, económica o técnico-material como un mero antecedente o contexto. Pero si algo se logra al hacer historia con arquitectura es mostrar cómo entender la arquitectura, en términos amplios, es una forma de entender el cambio histórico en cada una de estas áreas, y más.

Esto difiere de otra forma de vincular la 'arquitectura' con la 'historia', heredada del modernismo: la idea de que la arquitectura, construida o no, puede servir para cambiar el mundo. Un signo de esta es el enigmático término 'utopía', sobre el cual también he escrito (Martin, 2010). Aquí, son generalmente los historiadores quienes allanan el camino; los arquitectos, aunque retóricamente comprometidos con la innovación y la novedad, a menudo se encuentran – voluntaria o involuntariamente – incapacitados de pensar o trabajar fuera de las categorías dadas por el *statu quo*. Esto debido a que el cambio – el cambio real y categórico – requiere de una conciencia histórica profunda, capaz de manejar tendencias contradictorias. Nuevamente, resulta útil considerar la división del trabajo entre los diferentes regímenes de conocimiento. En lugar de intentar convertir al arquitecto en historiador (o peor, al historiador en arquitecto), deberíamos reconsiderar cómo interactúan estas figuras diferentes, con sus distintas prácticas, protocolos e infraestructuras de conocimiento.

Por lo tanto, conceptos como 'espacio' o 'medida' siguen siendo útiles, sólo cuando se los entiende como históricos y contingentes en vez

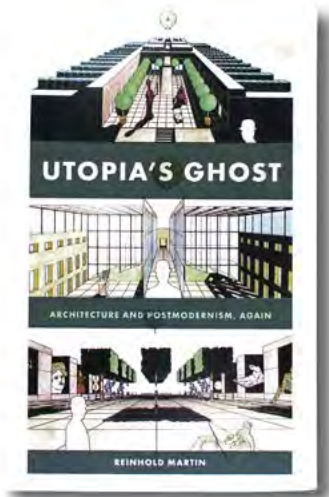
“If there is a problem here, it is with the profession, not the academic discipline. Where elite professionals remain dependent on academic discourse for legitimation, most scholars of architectural history (and theory) today turn their backs on this expectation, and orient their work toward the larger arena of historical knowledge. The resistance they face in doing this is twofold: on the one hand, from a profession feeling left out or threatened with delegitimation, and on the other, from hardly disinterested traditions within art history still bound to connoisseurship that see social, cultural, political, economic, or material-technical history as mere background or context.”

the constantly shifting self-understanding of those who work at either end of the academic-professional axis, on the one hand, and along the axis that runs from the natural and social sciences to the humanities, on the other.

In other words, I see the question of disciplinary limits, in architecture, as symptomatic of a larger and more structural ambiguity, rather than as a problem to be resolved in and of itself. If there is a problem here, it is with the profession, not the academic discipline. Where elite professionals remain dependent on academic discourse for legitimation, most scholars of architectural history (and theory) today turn their backs on this expectation, and orient their work toward the larger arena of historical knowledge. The resistance they face in doing this is twofold: on the one hand, from a profession feeling left out or threatened with delegitimation, and on the other, from hardly disinterested traditions within art history still bound to connoisseurship (however discreetly) that see social, cultural, political, economic, or material-technical history as mere background or context. But if doing history with architecture accomplishes anything, it is to show how understanding architecture, broadly defined, is a way of understanding historical change in all of these areas, and more.

This is different from another way of relating 'architecture' to 'history' which is inherited from modernism: the idea that architecture, built or not, can itself help to change the world. One

Reinhold Martin.
Utopia's Ghost.
Architecture and
Postmodernism, Again.
 Minneapolis: University
 of Minnesota Press,
 2010. Portada / Cover.



de absolutos. Tenemos, por ejemplo, muchas 'historias espaciales' (demasiadas de las cuales citan a Lefebvre) pero muy pocas historias del espacio (si las hay). Creo que esto último podría ser uno de los aportes de la historia de la arquitectura que también podría servir como advertencia para los entusiastas de un 'giro espacial' en las humanidades interdisciplinarias. Entendido como un discurso flexible e históricamente cambiante, la combinación de conocimiento humanístico y técnico propia de la arquitectura es especialmente sugerente en este sentido. Aunque originalmente educado fuera de las universidades, el arquitecto es en muchos sentidos el humanista arquetípico, una característica sobre la que vale la pena insistir, especialmente para quienes enseñamos en escuelas de arquitectura. A la vez, hacer historia con la arquitectura, ya sea dentro de los departamentos de historia del arte, de las escuelas de arquitectura o en cualquier otro lugar, transforma conceptos como el de 'espacio' al traducirlos de un discurso a otro, en lugar de simplemente importarlos o descargarlos dentro de un disco duro compartido.

Y aquí uso deliberadamente el vocabulario de los medios y la tecnología, de una manera que, espero, pueda ser entendida tanto literal como metafóricamente. Pensemos de nuevo en estar sentados alrededor de una mesa, conversando. Pensemos en todo el trabajo que debe hacerse, en todas las historias que deben converger para que todos los participantes entiendan un concepto de la misma manera. Consideremos, por ejemplo, las diferencias y similitudes entre cómo el término 'espacio' puede ser usado y entendido dependiendo de dónde esté la mesa y de quiénes estén sentados en ella. Para nuestros propósitos: en un departamento de historia del arte, en un departamento de matemáticas, en un estudio de arquitectura, en una reunión de astrónomos, en un seminario interdisciplinario de humanidades,

marker of this is the enigmatic term 'utopia,' about which I have also written at some length (Martin, 2010). Here, it is often historians who lead the way; architects, while rhetorically committed to innovation and novelty, more often than not find themselves – willingly or unwillingly – unable to think and work outside of categories given by the *status quo*. That is because change – real, categorical change – requires an in-depth historical consciousness able to deal with contradictory tendencies. Again, it is useful to consider the division of labor among different knowledge regimes. Rather than try to convert the architect into a historian (or worse, the historian into an architect!), we might do better to reconsider how these different figures, with their distinct practices, protocols, and knowledge infrastructures, interact.

Concepts like 'space' or 'measure' therefore remain useful only when they too are understood as historically situated and contingent rather than absolute. We have, for instance, many 'spatial histories' (more than enough of which cite Lefebvre) but very few (if any) histories of space. The latter is, I think, among the contributions architectural history can make that might also serve as a note of caution to enthusiasts of a 'spatial turn' in the interdisciplinary humanities. Seen as a flexible, historically varied discourse, architecture's combination of humanistic and technical knowledge is especially suggestive in this regard. Although originally educated outside of universities, the architect is in many ways the archetypal humanist, a characteristic that is especially worth reclaiming for those of us teaching in architecture schools. Whereas, doing history with architecture, whether from within art history departments, schools of architecture, or elsewhere, transforms concepts like "space" by translating them from one discourse network to another, rather than simply importing or downloading them onto some common hard drive.

I deliberately use media-technological terminology here in a manner that, I hope, can be understood literally as well as metaphorically. Think again about sitting around a table, conversing. Think about all the work that needs to be done, all the histories that need to converge, for a concept to be understood in the same way by all participants. Consider, for example, differences and similarities in how the term 'space' might be used and understood depending on where that table is and who is sitting at it. For our purposes: in an art history department, in a math department, in an architectural firm, in a meeting of astronomers, at an interdisciplinary humanities seminar, in a corporate board room, in a real estate development office, in a private dining room,

en una sala de reuniones corporativas, en una oficina de desarrolladores inmobiliarios, en un comedor privado, y así sucesivamente. De una u otra forma, la arquitectura y los discursos que intersecta tienen algo que decir sobre todos esos distintos encuentros y significados. Pero una mirada atenta al *hardware* sobre el que se construye cada una de esas conversaciones también puede decirnos algo que no sabíamos, no necesariamente sobre el significado de la arquitectura, sino más bien sobre lo que podríamos llamar la arquitectura del significado. **ARQ**

and so on. One way or the other, architecture and its intersecting discourses have something to say about all of those different meetings, and meanings. But careful attention to the hardware with which each of those conversations is built might also tell us something we didn't already know, not necessarily about the meaning of architecture, but about what we might call the architecture of meaning. **ARQ**

Reinhold Martin

<rm454@columbia.edu>

Arquitecto. PhD, Princeton University, EE.UU., 1999. Sus publicaciones incluyen *The Urban Apparatus: Mediapolitics and the City* (Minnesota Press, 2016), *Utopia's Ghost: Architecture and Postmodernism, Again* (Minnesota Press, 2010), and *The Organizational Complex: Architecture, Media, and Corporate Space* (MIT Press, 2003). Es Director del Temple Hoyne Buell Center for the Study of American Architecture (Columbia University, EE.UU.) y Profesor de Arquitectura en GSAPP (Columbia University, EE.UU.).

Architect. PhD, Princeton University, USA, 1999. His publications include *The Urban Apparatus: Mediapolitics and the City* (Minnesota Press, 2016), *Utopia's Ghost: Architecture and Postmodernism, Again* (Minnesota Press, 2010), and *The Organizational Complex: Architecture, Media, and Corporate Space* (MIT Press, 2003). He is Director of the Temple Hoyne Buell Center for the Study of American Architecture (Columbia University, USA) and Professor of Architecture at GSAPP (Columbia University, USA).

José Gabriel Lemaître Palma

<jlemaitre@gmail.com>

Arquitecto, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2012. M.Sc Urban Planning, Columbia University, EE.UU., 2017. Ha desarrollado investigación académica relacionada a temas de economía urbana y políticas de vivienda de integración social para *Urban Magazine* (EE.UU.), *UPLand Journal* (Italia), y ESE Business School Universidad de Los Andes (Chile).

Architect, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2012, M.Sc Urban Planning at Columbia University, USA. 2017. He has developed academic research related to issues of urban economics and social integration housing policies for *Urban Magazine* (USA), *UPLand Journal* (Italy), and ESE Business School Universidad de Los Andes (Chile).

Pedro Correa Fernández

<pcorrea4@gmail.com>

Arquitecto, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2012, M.Sc Critical, Curatorial and Conceptual Practices, Columbia University, EE.UU., 2016. Profesor asistente de la Escuela de Arquitectura UC, donde enseña cursos asociados a problemas de estética y política.

Architect, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2012, M.Sc Critical, Curatorial and Conceptual Practices at Columbia University, USA, 2016. Assistant professor at the School of Architecture UC, where he teaches courses related to aesthetics and politics.

Bibliografía / Bibliography

ALTHUSSER, Louis. *On the Reproduction of Capitalism Ideology and Ideological State Apparatuses*. London, New York: Verso Books, 2014.

AGAMBEN, Giorgio. *What Is an Apparatus? and Other Essays*. Stanford, California: Stanford University Press, 2009.

BECKER, Gary S. «Crime and Punishment: An Economic Approach.» *Journal of Political Economy* 76 (1968): 169-217.

FOUCAULT, Michel. «The Confession of the Flesh.» En *Power/Knowledge Selected Interviews & Other Writings 1972-1977*, Colin Gordon, Leo Marshall, John Mepham, Kate Soper, eds. Vintage Books, 1980.

LEFEBVRE, Henri. «Industrialization and Urbanization.» En *Writings on Cities / Henri Lefebvre; selected, translated, and introduced by Eleonore Kofman and Elizabeth Lebas*, Eleonore Kofman y Elizabeth Lebas, eds. Oxford: Blackwell Publishers, 1996.

MARTIN, Reinhold. «Pittsburg, Paris, Charlottesville: The Infrastructure Question.» *e-flux architecture*, 2017. <https://www.e-flux.com/architecture/positions/151185/pittsburgh-paris-charlottesville-the-infrastructure-question/>.

MARTIN, Reinhold. *The Urban Apparatus. Mediapolitics and the city*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2016.

MARTIN, Reinhold. «The Dialectic of the University: His Master's Voice.» *GreyRoom* 60 (2015): 82-109.

MARTIN, Reinhold. *Utopia's Ghost. Architecture and Postmodernism, Again*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2010.

NIETZSCHE, Friedrich. *Birth of the Tragedy: Out of the Spirit of Music*. New York: Penguin Books, 1994.

VISMANN, Cornelia. «Cultural Techniques and Sovereignty.» Geoffrey Winthrop-Young, Ilinca Iurascu, Jussi Parikka, eds. *Cultural Techniques* 30 (2013).